

Una Iglesia para servir

PEDRO TRIGO

“LA SIRVIENDA DE LA HUMANIDAD”

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias, de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son también los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo”. Estas palabras, que abren la Constitución Pastoral sobre la Iglesia y el mundo actual (*Gaudium et Spes*), pueden servir adecuadamente para caracterizar la atmósfera espiritual del Concilio Vaticano II. Pablo VI, al clausurarla, recogerá ese estado de ánimo en esta frase certera: “Una simpatía inmensa lo ha penetrado todo”. Es la simpatía que simbolizó la figura cálida y cordial del Papa Juan y la que encarnó también Pablo VI, el que (como él dice de la Iglesia) sintió siempre “la necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar, de servir, de evangelizar a la sociedad (...), de alcanzarla casi en su rápido y continuo cambio”. Pues bien, esta es, dice el Concilio, la actitud de los discípulos de Cristo.

Así pues el Concilio recogió la afirmación, central en el cristianismo, de que la Iglesia no es para sí misma, y ni siquiera para Dios, sino para el hombre. La Iglesia, por ser de Dios, está para servir al hombre y en cuanto es fiel a su origen no se desvía de su objetivo. Pues el Dios que se ha revelado en Jesús no nos ha creado para que le sirvamos (*Is 46,1-7*) sino que “ha salido de sí” para encontrarnos. Jesús es el Buen Samaritano que dejó su camino para servir al oprimido; por eso, el que no quiera vivir para servir al hermano, no tiene parte con él (*Jn 13,8*). De ahí que la Iglesia en el Concilio aparezca como “la sirvienta de la humanidad” (Pablo VI).

Esta afirmación no describe el espíritu de una época o un rasgo caracteriológico de algunas individualidades. Expresa la actitud fundamental de Jesús y constituye por lo tanto la norma que juzga la autenticidad de nuestro seguimiento de Jesús y la verdad de cada iglesia histórica.

UNA NOVEDAD AUN NO ASUMIDA

El que la Iglesia esté moldeada por la simpatía y la compasión, según el Concilio y sus dos grandes Pontífices, es

sin embargo una actitud en cierto modo nueva. En todo tiempo ha habido santos, que son los portadores de la continuidad vital del cristianismo. Pero es cierto que hay momentos en que la Iglesia “se ve obligada a deplorar un nuevo retroceso, o, por lo menos, se detiene en un estado de semiplenitud e insuficiencia” (*AG 6*). En este estado estábamos y por eso fue necesario el Concilio como un paso adelante para volver a la dirección antropológica de la que la Iglesia se había desviado.

Esta idea del servicio, preguntaba Pablo VI, “¿ha desviado acaso la mente de la Iglesia en Concilio hacia la dirección antropológica de la cultura moderna?”. Pablo VI acepta el hecho de ese giro, pero niega que se lo descalifique cristianamente, y por eso responde: “Desviado no; vuelto, sí”. Se trataba, como dijo el Papa Juan en el discurso de apertura de “un paso adelante”. Un paso que implica “usar la medicina de la misericordia más que de la severidad”; “actitud inspirada siempre por la esencial misión salvadora de la Iglesia” y necesaria para saldar “las distancias y rupturas ocurridas en los últimos siglos, en el siglo pasado y en éste particularmente, entre la Iglesia y la civilización profana”, al decir de Pablo VI.

Esta actitud por lo tanto se abrió paso en el Concilio como novedad histórica a la que se invitaba a convertirse, a cada cristiano y a las diversas instancias de la institución eclesiástica. Una actitud que en estos 20 años ha madurado, gracias a Dios, en sectores significativos de las diversas iglesias locales y también en nuestra iglesia venezolana; pero una actitud que dista aún mucho de haberse consolidado y que incluso a ciertos niveles institucionales pareciera sufrir en nuestros días un rechazo, al menos práctico.

Hoy no han cesado aún aquellas reticencias que Pablo VI recogió en la clausura del Concilio: “la sospecha de que un tolerante y excesivo relativismo al mundo exterior, a la historia que pasa, a la moda actual, a las necesidades contingentes, al pensamiento ajeno haya estado dominando a personas y actos del Sínodo”. Estas sospechas se mantienen encendidas hoy en torno a personas que han hecho del servicio al hombre el centro de su cristianismo.

Estas sospechas se apoyan a veces en desviaciones reales de cristianos que en su servicio a los hombres, agobiados por tarcas o problemas, aplastados por el peso de la opresión que luchan por erradicar, o bien ofuscados por ideologías cerradas, pretendidamente científicas y autosuficientes, se olvidaron de su origen y destino (Dios) y de su camino (Jesús). Pero estas sospechas anidan más frecuentemente en la pecaminosidad de la institución eclesiástica y la propensión que tenemos sus miembros de revestirnos del absoluto divino que decimos servir, y demandar honras y servicios, pretendiendo que redundan en gloria de Dios, porque olvidamos que la “gloria de Dios es el hombre lleno de vida”. Las sospechas que recaen sobre los que han hecho del servicio al hombre el centro de su cristianismo nacen frecuentemente de la propensión que tenemos clérigos y laicos a invertir la parábola del Buen Samaritano a causa de las enormes complicaciones que encierra su cumplimiento. El servicio al altar nos eximiría a los clérigos del mandamiento de Dios de solidarizarnos con los necesitados como él lo hizo con nosotros (*Mc 7,6-13*). Y a los seglares también les resulta más fácil entregar su oro al sacerdote (como los israelitas a Aarón: *Ex 32,21-5*) que seguir a su Dios por la intemperie del desierto más allá del orden establecido. La Iglesia servidora del mundo, eje central del cristianismo, es una proposición que, aunque de algún modo siempre estuvo presente en la Iglesia y a veces con gran esplendor, dista mucho de nuestros días de ser no sólo asumida sino ni tan siquiera comprendida. De ahí la necesidad y la urgencia de volver nuevamente sobre ella y de proponerla una y otra vez con toda claridad y fuerza posibles.

UN SERVICIO RELIGIOSO

Una fuente de equívocos a este respecto estaría en la noción de religión y su aplicación al cristianismo. La misión de la Iglesia es religiosa (*GS 42*). Esta afirmación, repetida hoy con una insistencia machacona y casi sospechosa es en sí rigurosamente exacta y a ella habrá siempre que atenerse. El problema viene a la hora de interpretarla. ¿Debemos aplicar sin más nuestra idea de religión al cristianismo o debemos extraer

la idea de religión de las propias fuentes cristianas y desde ellas, si es necesario, purificar nuestra idea? En teoría nadie duda de que lo correcto es lo segundo, pero en la práctica y a la larga suele funcionar lo primero.

Y cuando se parte de una idea no cristiana de religión surge necesariamente en el cristianismo, como su polo opuesto, el movimiento de secularización. No cabe duda de que el proceso secularizador que atravesó al catolicismo en la década del 60 estaba falto de dialéctica. Pero para ser justos habría que insistir que la idea de religión que intentó combatir no lo estaba menos y que por eso fue justamente contestada. Aunque al cortar la cizaña se cortó también el trigo y se combatió el absolutismo religioso desde nuevos absolutismos, sin advertir que sólo manteniendo la ambigua apertura de la historia (en la que un elemento inexcusable es el religioso) cabe instaurar en ella un proceso de adoración.

Así pues, si al hablar de la misión religiosa de la Iglesia nos referimos a un área separada de la realidad, contradistinta de lo profano, el área del templo, de lo cultural, entendido como lo sagrado, lo incontaminado, lo perteneciente a la esfera divina hay que decir que esa área no existe en el cristianismo. En la muerte de Jesús "el velo del templo se rasgó" (Mt 27,51), la separación entre espacio profano y sagrado quedó abolida. En sentido estricto no hay sacerdotes: en la tierra no es ya necesario el oficio de Pontífice ya que el puente entre Dios y los hombres ha quedado definitivamente abierto en Jesús (Hebr 10,1-24), y Dios por su Espíritu es inmediato a todo hombre (Hch 2,16-21.33).

La institución religiosa (lugares sagrados donde hombres sagrados ofrecen dones sagrados por los hombres profanos) ya no es necesaria. No existe sacerdote en el sentido de las religiones donde sólo Jesús lo es y en él todos lo somos (1 Pe 2,9). Ya no hay templos porque cada persona es templo del Espíritu Santo (1 Cor 6,19). No hay ofensas porque éstas son "las buenas obras" (Hch 13,15-16; Filp 4,18; Rm 12,1; Ef 5,1-3). Ya al Padre se le adora "en espíritu y en verdad" (Jn 4,24). En vez de templos tenemos asambleas (eclesía) y lugares donde ésta se reúne (iglesias) santificados por su presencia. En vez de sacerdotes tenemos ministros del evangelio y de sus signos eficaces (los sacramentos).

El servicio de la Iglesia a la humanidad es un servicio religioso, pero no al



Ayudar al Papa a hacer avanzar a la Iglesia por el camino del Concilio

modo de las religiones tradicionales. Tiene en Dios su origen y su fin, tiene en Jesús su Señor y Camino, y tiene en su Espíritu su fuerza inspiradora. Pero ¿cuál es el contenido específico de la religión cristiana?

LA RELIGION DE LA CARIDAD

Pablo VI lo declara sin ambages: "La religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad, y nadie podrá tacharlo de irreligiosidad o de infidelidad al Evangelio por esta principal orientación, cuando recordamos que el mismo Cristo es quien nos enseña que el amor a los hermanos es el carácter distintivo de sus discípulos (Cf Jn 13,35), y cuando dejamos que resuenen en nuestras almas las palabras apostólicas: 'la religión pura y sin mancha a los ojos de Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y precaverse de la corrupción de este mundo' (St 1,27); y todavía: 'el que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo podrá amar a Dios, a quien no ve?' (1 Jn 4,20)".

Aquí la palabra hermano no significa el que participa de la misma confraternidad religiosa. Hermano designa a todo hombre y especialmente al necesitado. El cristiano se hace hermano del necesitado cuando se pone a su servicio. El samaritano es el prototipo del que se hace hermano. Por eso dice Pablo VI que en el Concilio "la idea del servicio ha ocupado un puesto central". Este servicio es tan incondicional que incluso

supera las barreras del ateísmo militante. El humanismo laico, dice Pablo VI, "ha aparecido en toda su terrible estatura y, en cierto sentido, ha desafiado al Concilio. La religión del Dios que se ha hecho hombre se ha encontrado con la religión —porque tal es— del hombre que se hace Dios. ¿Qué ha sucedido? ¿Un choque, una lucha, una condena? Podría haberse dado, pero no se produjo, la antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio".

El cristiano conciliar no acepta que el hombre que se cree Dios sea su antagonista. Sabe que es un ser de necesidades y se pone a servirlo. La Iglesia conciliar no se entiende como contraparte de ninguna otra "religión" sea teísta o laica. Detrás de sistemas ideológicos, sociales o políticos, ve a hombres y a pueblos y se pone a servirlos. La religión católica "en su forma más consciente y eficaz, que es la conciliar, se declara toda en favor y en servicio del hombre". En el Concilio "todo se ha dirigido a la utilidad humana". "La religión católica es para la humanidad". Estos textos, de una belleza y vigor excepcionales, plantean de un modo sencillo e inequívoco respecto de la Iglesia lo que Jesús dijera del sábado (es decir, de la sinagoga y de toda religión): que está instituida para el hombre y no el hombre para ella (Mc 2,27). Y con esto no se rebaja de ningún modo a la Iglesia, sino por el contrario se la coloca en la misma onda de Jesús que se hizo hombre, como dice el Credo, "por nosotros los hombres y por nuestra salvación", que vino para que los hombres "vivan y estén llenos de vida" (Jn 10,10).

Así pues la religión del Concilio es la caridad, amor incondicional que no conoce barreras religiosas o culturales, que se determina por las necesidades concretas de los hombres y que tiene en sí su propia justificación y por eso se niega a utilizar a los hombres convirtiéndolos en adherentes o clientes y por el contrario se pone él como "medio" a su servicio. Permítasenos una amplia cita que resume perfectamente los destinatarios de este amor, sus contenidos concretos y su valor teológico: "La caridad cristiana se extiende a todos sin distinción de raza, de condición social o de religión; no espera lucro o agradecimiento alguno, pues como Dios nos amó con amor gratuito, así los fieles han de vivir preocupados por el hombre mismo. amándole con el mismo movimiento con que Dios lo buscó. Pues así como Cristo recorría las ciudades y las aldeas

curando todos los males y enfermedades en prueba de la llegada del reino de Dios (Cf Mt 9,35; Hech 10,38), así la Iglesia se une por medio de sus hijos a los hombres de cualquier condición, pero especialmente con los pobres y los afligidos, y a ellos se consagra gozosa (Cf 2 Cor 12,15)" (AG 12).

Estas afirmaciones conciliares están tan abundantemente recogidas por los teólogos que casi suenan a lugares comunes. La Iglesia, dice Schlier, "ha sido enviada al mundo en favor del mundo" (MS 4/1 222). Y Rahner: "el deber de la Iglesia de ser para los hombres y no para sí misma no se refiere tan sólo a la cristianización de los hombres, de forma que se hagan cristianos de iglesia" (Cambio estructural de la Iglesia. Cristiandad 1974, 77). "La Iglesia ha de luchar por la justicia y la libertad, por la dignidad humana, incluso cuando al hacerlo más bien se perjudica a sí misma" (o.c. 78). Urs von Balthasar insiste en la misma idea bajo el punto de vista, que hemos desarrollado aquí, del amor: "El amor eclesial tiene que ser en su núcleo (cristológico) ... amor e inclinación hacia el hermano no perteneciente a la Iglesia, no cristiano, hacia el hermano que está 'fuera' —si es que en esta perspectiva puede haber todavía un verdadero 'fuera' " (Sponsa Verbi. Guadarrama 1964, 48).

Beinert se refiere a la tentación que tiene la Iglesia de transformar en egoísmo acaparador este amor desinteresado: "Una de las constantes tentaciones de la Iglesia consiste en querer

articular este amor como una eclesialización del mundo. Si la Iglesia sucumbiese a esta tentación se confundiría con Cristo; en lugar de ser altruista y generosa, se convertiría en egoísta, participando así de la depravación idolátrica del mundo. La eclesialización del mundo condujo a la mundanización de la Iglesia, cuando su tarea habría de consistir en conducir al mundo hacia sí mismo, porque éste no se encuentra en sí, sino en poder de las potencias de las tinieblas. Por su propio pecado (que es, una vez más, el pecado concreto de los hombres), la Iglesia se rindió al poder; pero el poder es la negación del amor y la corporalización del egoísmo (MS 4/1, 313). De ahí, la única forma de volver del egoísmo al amor: "La pobreza es la forma en que la Iglesia hace retornar el mundo a sí mismo (y en Cristo a Dios)" (id).

EL SERVICIO AL MUNDO Y LA FIGURA DE LA IGLESIA

Estamos tan acostumbrados a pensar el servicio cristiano al mundo desde la actual figura de la Iglesia, que nos es difícil imaginar que es el servicio al mundo lo configurador y originario y que desde este servicio concreto hay que pensar lo que en la Iglesia debe ser estructurado, desestructurado o reestructurado. Fuera del Evangelio y la estructura fundamental de sus signos sacramentales no hay nada en la Iglesia que pueda sustraerse a este juicio desde esta medida. El viejo adagio "sacramenta propter homines" (los sacramentos en favor de los hombres) se aplica a to-

dos en el cristianismo; pero no en el sentido de un postulado, una tesis o definición que se cumple automáticamente, a priori y que a lo más requeriría sólo la apelación a la intención del ministro para que se mantenga acorde con la significación objetiva del acto. En su realidad factual se trata por el contrario de una hipótesis cuya eficacia y validez ("utilidad", decía Pablo VI) habrá que comprobar en cada caso. No hay que suponer en la Iglesia una "armonía preestablecida" entre la manera concreta de su ordenamiento jurídico e institucional y el servicio a los hombres, sobre todo a los más necesitados, como resultado. En la Iglesia lo institucional (en su concreta y cambiante configuración histórica) es funcional, no previo ni absoluto; deberá tomarse o dejarse tanto cuanto sirva para fomentar la vida. Y no podemos ser únicamente nosotros quienes decidamos qué sirve o qué es útil. Son fundamentalmente los destinatarios quienes deben juzgar de la pertinencia y calidad de nuestro servicio. Es sobre todo el pueblo creyente y oprimido el que como señor de la historia se constituye en nuestro juez. Esto quiere decir que los criterios de evaluación y control y su ejercicio práctico no pueden estar exclusivamente en manos de los que dirigen la institución eclesiástica, y ni siquiera sólo en manos de sus adherentes, sino también en los que están "afuera" si, como dice von Balthasar, esta denominación tiene cristianamente sentido.

El presupuesto de Juan XXIII al convocar el Concilio fue precisamente la inadecuación, ya que para reafirmar lo existente "no era necesario un Concilio". Así lo recalca con coraje la Gaudium et Spes: "Sabe también la Iglesia que aun hoy día es mucha la distancia que se da entre el mensaje que ella anuncia y la fragilidad humana de los mensajeros a quienes está confiado el evangelio. Dejando a un lado el juicio de la historia sobre estas deficiencias debemos, tener conciencia de ellas y combatir las con máxima energía para que no dañen a la difusión del Evangelio. De igual manera comprende la Iglesia cuánto le queda aún por madurar, por su experiencia de siglos, en la relación que debe mantener con el mundo. Dirigida por el Espíritu Santo, la Iglesia, como Madre, no cesa de exhortar a sus hijos a la purificación y a la renovación, para que brille con mayor claridad la señal de Cristo en el rostro de la Iglesia'" (43).

Que esta renovación, a pesar de innegables y alentadores avances dista

Mensaje evangélico desde la pobreza



mucho de haberse logrado, es lo que en el pórtico de su mensaje reconocen los obispos latinoamericanos en Puebla:

“Nuestra primera pregunta, en este coloquio pastoral, ante la conciencia colectiva es la siguiente; ¿Vivimos, en realidad el Evangelio de Cristo en nuestro continente?

Esta interpelación que dirigimos a los cristianos, puede ser también analizada por todos aquellos que no participan de nuestra fe.

El cristianismo que trae consigo la originalidad de la caridad no siempre es practicado en su integridad por nosotros los cristianos. Es verdad que existe gran heroísmo oculto, mucha santidad silenciosa, muchos maravillosos gestos de sacrificio. Sin embargo, reconocemos que aún estamos lejos de vivir todo lo que predicamos. Por todas nuestras faltas y limitaciones, pedimos perdón, también nosotros pastores, a Dios y a nuestros hermanos en la fe y en la humanidad.

Queremos no solamente ayudar a los demás en su conversión, sino también convertirnos juntamente con ellos, de tal modo que nuestras diócesis, parroquias, instituciones, comunidades, congregaciones religiosas, lejos de ser obstáculo sean un incentivo para vivir el Evangelio”.

DESDE EL REVERSO DE LA HISTORIA

Pero al enfatizar la necesidad que tenemos los cristianos de una conversión profunda, tanto personal como institucional, para ponernos eficazmente al servicio del mundo, no podemos omitir también la mención del peligro real del secularismo, pues si la sal del cristianismo se hace insípida no será de ninguna utilidad a los hombres sino motivo de desprecio. La brecha entre Iglesia y mundo no puede rellenarse a base de mimetismo y complacencia irénista. Una Iglesia mero eco de las corrientes de la época no es la Iglesia de Jesús y es incapaz de salvar al mundo. Más aún, una Iglesia así mundanizada y carente de sustancia propia se convierte en trampa para los hombres al proyectar a lo absoluto y así sacralizar el orden establecido y la cultura dominante o como polo opuesto los movimientos emergentes. De ahí la necesidad, tan repetida por Juan Pablo II, de ser maestros de la verdad. Pero la verdad cristiana no son “las tradiciones de los mayores” sacralizadas (Mc 7,6-13). No es ni la luz de este mundo ni la del tiempo pasado sino la luz de la vida (Jn 8,12; 1,4).

Esta es la dialecticidad de nuestro servicio al mundo, no se trata del servicio a este mundo, es decir, al orden establecido, porque este mundo “no lo ha recibido” (Jn 1,11) y de este modo él mismo se ha condenado (Jn 3,17-21). Se trata del servicio al mundo, es decir, a todos los hombres (Jn 3,16; 4,42) y sobre todo a las mayorías (Lc 6,20; Mt 25,40). Pero no un servicio populista sino en orden a la vida (Jn 10,10) y a la liberación (Lc 4,18; 11,20-22).

Así pues, sólo resulta posible superar esta tentación cuando realizamos nuestro servicio “desde el reverso de la historia”, desde las mayorías oprimidas. Sólo desde ahí puede alcanzarse la integralidad del servicio cristiano: la salvación de hombre y el encuentro con Dios, y así la realización de la finalidad de la Iglesia. Es lo que expresó respecto de América Latina Medellín integrando un texto hermoso de la Populorum Progressio: “Así como otrora Israel, el primer Pueblo, experimentaba la presencia salvífica de Dios cuando lo liberaba de la opresión de Egipto, cuando lo hacía pasar el mar y lo conducía hacia la tierra de la promesa, así también nosotros, nuevo Pueblo de Dios, no podemos dejar de sentir su paso que salva, cuando se da ‘el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas. Menos humanas: las carencias materiales de los que están privados del minimum vital y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo. Menos humanas: las estructuras opresoras, que provienen del abuso del tener y del abuso del poder, de las explotaciones de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones. Más humanas: el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura. Más humanas: el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza, la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Más humanas todavía: el reconocimiento por parte del hombre; de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin. Más humanas, por fin, y especialmente, la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad en la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar, como hijos en la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres”’ (Mensaje 6).

Quisiera, para concluir, referirme

a un texto sencillo y hermoso del obispo de San Felipe escrito con motivo de los quince años de la erección de la diócesis. Recuerda a sus curas que la identificación con Cristo implica encarnarse en el pueblo: “Debemos ser como el reflejo de sus angustias y de sus esperanzas, el portavoz en la búsqueda de soluciones para sus problemas”. Recuerda monseñor Márquez sus primeras palabras quince años atrás: “decía que los sacerdotes no debían quedarse encerrados en sus casas parroquiales en espera de que la gente viniera en solicitud de sus servicios, sino que debían ir a la calle, al campo, a las más humildes comunidades y ponerse en contacto con el pueblo; luchar por su progreso moral, intelectual y material”. Se refiere a los avances ocurridos en estos años. “Pero —añade— es necesario que la identificación con el pueblo sea cada vez más profunda. Sin demagogia, ‘hacernos todo a todos para ganar algunos para Cristo’. No contentarse con la simple denuncia, sino buscar soluciones, abrir caminos, despertar energías, sembrar esperanzas”. “Nuestro pueblo quiere ver a su lado a sus sacerdotes, evangelizadores a tiempo completo, defensores de sus derechos, sobre todo de los pobres, de quienes no tienen voz. Naturalmente todo esto debe estar fundado en Cristo”. Y refiriéndose a todos sus fieles, comenta: “Cada cristiano debe luchar contra la mala distribución de las riquezas, el desempleo, el alcoholismo, la imprevisión del futuro, la flojera, la paternidad irresponsable, el excesivo paternalismo estatal... Las armas no son las de la violencia, sino el amor, el desprendimiento, la educación, la entrega al servicio de los hombres”.

Quiera Dios que este texto, que no es desde luego aislado ni excepcional, llegue con el tiempo a reflejar la constitución real de nuestra institución eclesial y el espíritu de los católicos venezolanos.

